

El refugio predilecto de aquel felino son los espesos matorrales y tupidas cañadas de las llanuras. Los variados matices y tonos de los junglares con sus cambiantes, desde el rojo subido hasta el verde esmeralda, se armonizan y compadecen á maravilla con los pintados colores de la piel del tigre, y le ofrecen abundosos sitios para celadas y guaridas.

El cazador, pues, ha de conocer bien los jungles,

campo favorito de las empresas y hazañas del tigre.

Un viajero, Mr. Molins ⁽¹⁾ en su viaje á Java (*Java's head*) describe con suma elocuencia y sencillez su paso por entre los *junglares*.

«Me dirigía,—dice,—desde Bogher-Buiteuzorg, hacia la hermosa montaña del Salak en compañía de monsieur Abels, y varios indígenas armados con sables indios, *galocs*, formando pintoresca y vistosa caravana.



Un tigre de Bengala

Atravesamos campos feraces y valles floridos, cuando de repente detuvo nuestro paso una tupida y espesa pared de verdura. ¡¡ Eran los junglares!!

Tras breves instantes de vacilación, penetramos resueltamente en aquel laberinto. Cielo y tierra desaparecieron de nuestra vista; millares de espigas se clavaron en los brazos y rodillas; y á duras penas podíamos orientarnos. El ramaje, tronchado y pisado en algunos sitios, me inspiró una vaga inquietud.

—¿Rondan tigres por esta comarca?—pregunté á mi compañero Mr. Abels.

Llamó éste á uno de los malayos y le repitió la pregunta.

—¿*Apa-ado mattian s' ini?*

El malayo se puso lívido y tembloroso, balbuceó al-

gunas frases ininteligibles, y rogó á Mr. Abels que no insistiese en la pregunta.

—Lamento,—dijo mi compañero,—haber olvidado el pavor que infunde el tigre á los indígenas; hablan de él siempre en tercera persona y sin nombrarle.

La vegetación espléndida y lujuriosa de los junglares oprimía por todos lados á la pequeña caravana.

Atravesamos,—sigue Mr. Molins,—una espesura, formada por plantas arborescentes, helechos y plátanos, tan espesos y apretados que á duras penas podíamos dar un paso. Punzantes espigas martirizaban nuestros cuerpos, y las hojas de las *glagas*, duras y entecas, cortaban como afilados cuchillos. Serpientes de variados y

(1) *Viaje á Java*, M. Molins, 1858-1861.

vivos colores y ligeras, enroscaban sus anillos en lo alto de los arbustos.

Tras dos largas horas de penosa marcha, hicimos alto en una pequeña plazoleta. Hombres y caballos estaban sudorosos, cubiertos de sangre y señoreados por angustioso cansancio.

El descanso fué breve, porque la jornada era larga. Emprendimos de nuevo la marcha y, luchando con toda suerte de obstáculos, llegamos al pie del *Salak*.

Estábamos en el centro de un bosque virgen. Los árboles son gigantes, gruesos, inmensos; los añejos troncos de árboles, carcomidos por el pie, yacen derribados en el suelo. Son colosales moles, verdaderas montañas por donde el viajero ha de trepar. Aquel hacinamiento de troncos cubiertos de musgo, tapizados por caprichosas parietarias de color verde-oscuro, resbaladizos, son difíciles de atravesar, y su paso está preñado de peligros.

El viajero tropieza á cada instante, y al dar de bruces en el suelo puede contemplar en él miriadas de insectos y gusanos de hermosos y variados colores, que harían la delicia de un naturalista.

Los árboles que los huracanes, el rayo y el tiempo han dejado en pie, se tocan, besan, y entrelazan de tal suerte por medio de lianas y arbustos, que sólo puede avanzar el viajero merced al hacha, y dejan oír, al rozarse sus copas á impulsos de la brisa ó el viento, melancólicos y extraños rumores.

Nada hay comparable con la sublime calma de los bosques de la India, turbada sólo por el gorjeo y canto de los pájaros, que uno de ellos vierte, imitando á maravilla, una prolongada y perfecta escala cromática.

Todos los rumores y sonidos, en el seno de aquellas selvas vírgenes, producen en el ánimo arrobado del cazador europeo ó indígena un efecto indefinible, un encanto inexplicable; ya se escucha la algarazca de una riña de monos, que brincan y saltan de rama en rama, ó se mecen en las redes ó columpios de lianas; ya el chillido y vuelo del pavo real ó el grito ronco del papagayo, y por doquier el dulcísimo arrullo de las tórtolas. Las armonías y ruidos del viento, entre los árboles de los trópicos, muy diversos del susurro de nuestros álamos, y de los crujidos de nuestras encinas, es un ruido característico y metálico, producido por el roce y choque de las hojas de los árboles al besarse. Los insectos lanzan zumbidos; unas veces es un gran insecto negro de brillantes alas, que pasa rozando la mejilla del cazador, lanzando un silbido semejante á la piedra arrojada con fuerza, ó enormes mariposas pardas ó con rayas negras, de vuelo pesado ó silencioso; ó bien insectos vola-

dores, encarnados y azules, que giran, cruzan, tornan y vuelan con rapidez vertiginosa, mientras en los árboles suben, bajan, y juguetean las bulliciosas ardillas.

De noche, en los junglares, reina sepulcral silencio, que imprime temor y sobresalto, interrumpido sólo por el aullido del tigre y de otras fieras, ofreciendo la imagen de la más sublime soledad y abandono.

El tigre tiene, pues, su morada favorita en los junglares, en las tierras bajas y pantanosas de las zonas tórridas, y entre bosques de bambúes; pero no significa esto que no se acomode ni visite, así las desnudas y áridas estepas como las mesetas pedregosas, las selvas de colosales árboles como los campos plantados de arbustos de espeso follaje, los matorrales de los trópicos como las vastas llanuras de la Siberia Oriental, donde abre en invierno profundos escondrijos entre la nieve.

II

Descrita la flora tropical, empapada de colores y aromas, *medio ambiente*, teatro de las cacerías del tigre, hora es ya de poner en escena á los dos protagonistas del drama, al *felino* y al *cazador*.

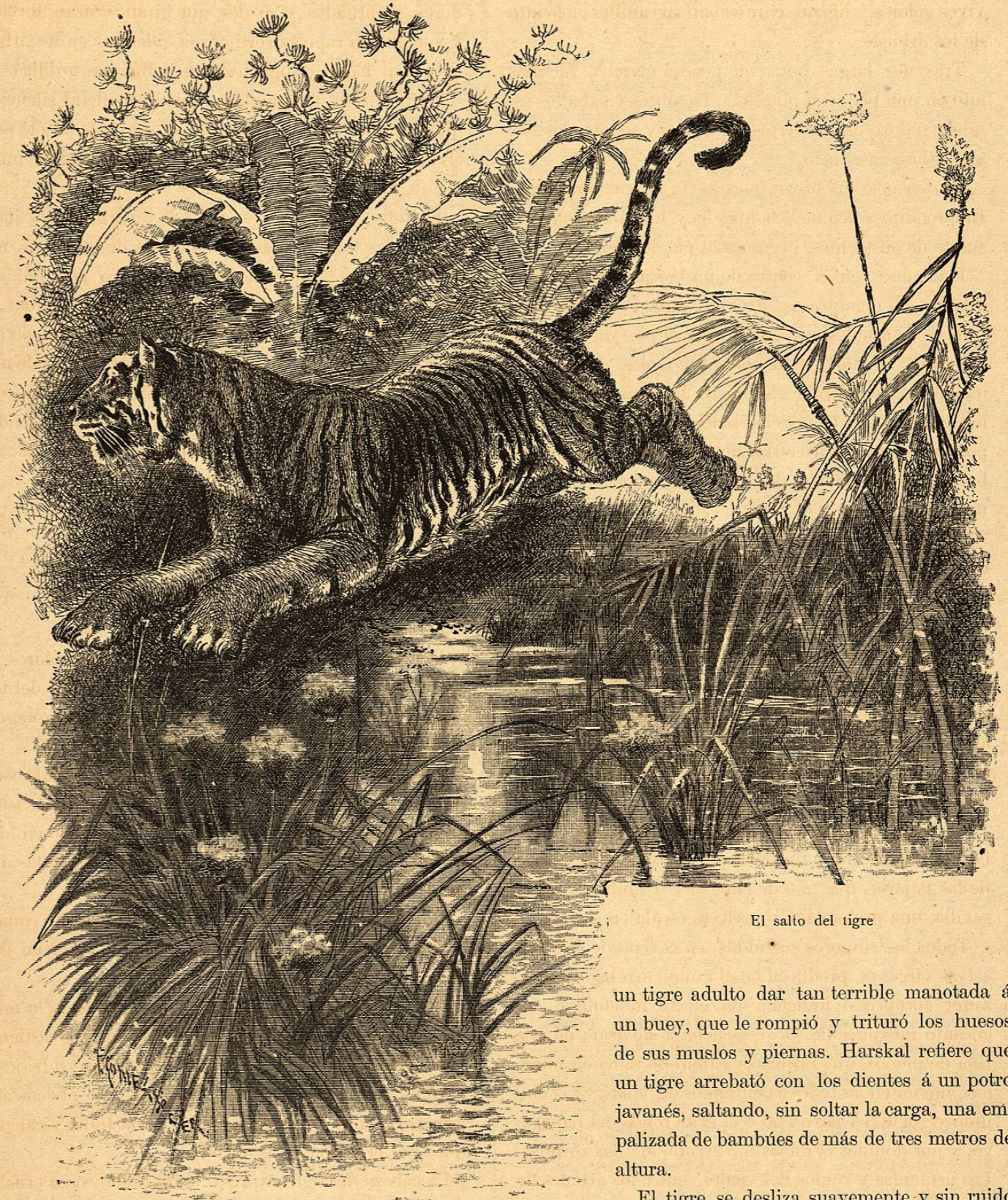
El tigre es un gato gigantesco, de piel manchada con los más hermosos colores. El lector habrá quizás visto más de una vez al temible felino, aprisionado en los jardines zoológicos, ó bien en las ambulantes jaulas de los domadores, en circos y ferias.

Aquellos tigres macilentos y enfermizos son como las plantas tropicales, que viven del calor artificial de nuestras estufas, pobres y raquíticos.

Los tigres prisioneros, acurrucados, apagada la mirada, macilento el cuerpo y dominados por el castigo, no son los tigres de Bengala adultos, sueltos, salvajes, de mirada brillante, de fuerza hereúlea y de poderosas garras, vagando por los junglares de la India y calentados por el sol de los trópicos.

La cabeza del tigre expresa tanta rabia como crueldad; su tamaño es enorme⁽¹⁾, su fuerza grande, la elasticidad de sus miembros prodigiosa. Sus aceradas garras penetran en la carne de la víctima hasta doce centímetros de profundidad, y las heridas casi siempre son mortales. Su astucia y mañas, la agilidad y rapidez

(1) La longitud del tigre adulto es, desde el hocico hasta el extremo de la cola, de 2'25 á 2'60 metros. La medida más común del cuerpo es de 1'60 metros, y la cola 80 centímetros; su altura unos 85 centímetros.



El salto del tigre

un tigre adulto dar tan terrible manotada á un buey, que le rompió y trituró los huesos de sus muslos y piernas. Harskal refiere que un tigre arrebató con los dientes á un potro javanés, saltando, sin soltar la carga, una empalizada de bambúes de más de tres metros de altura.

El tigre se desliza suavemente y sin ruido por entre el follaje y hojas de los cañaverales, trepa, á despecho de su peso, con pasmosa facilidad, por las ramas de los árboles, y nada como un perro, atravesando en línea recta la corriente de los más caudalosos ríos.

Ningún obstáculo detiene al tigre en su peregrinación cuando se halla ávido de caza; así se le ve cruzar con rapidez el brazo de mar que separa á Singapore del Continente.

En una de mis cacerías por la Birmania, he visto á

La vigorosa fuerza y elasticidad del tigre, se explica viendo el maravilloso juego de músculos, y que hemos observado más de una vez al verlos desollados y colgados de un árbol en los bosques de la India.

En una de mis cacerías por la Birmania, he visto á